TOM. 1. NUM. 5.° SEGUNDA EDICION — 33 — 30 DE ABRIL DE 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

QUERER DE MIEDO.

DRAMI-CUENTO A GALOPE.

Es decir que la accion va á corre-que-te-cojo.

Entran en ella (en la accion) los actores siguientes.

UN NOVIO.
DOS NOVIAS.
UNA VIUDA, *con deseos de noviage.*
UNA MADRE, *persona de gravedad (9 arrobas de peso).*
UNA CRIADA, *que no habla mas que una vez, ente inverosímil.*
UN LORO, *alias papagayo.*
UN RELOJ.
TRES CARTAS.
Acompañamiento de muecas, sollozos, carcajadas etc.

(En una sala con buenos muebles y dos balcones á una calle principal de Madrid, aparece una jóven muy peripuesta, que parece acabadita de sacar de un escaparate: está leyendo una carta, con visibles muestras de desden y melindre. Cerca de un balcon hay una jaula de un loro, el cual charla que se las pela.)

LA SEÑORITA. (*Acabando de leer.*) «Su fiel y rendido amante Crispin Crispiniano Cabrejas.»—¿Se dará igual presuncion? ¡Cierto que era un novio á pedir de boca! ¡mamá, mamá!

LA MAMÁ. (*Respondiendo desde las profundidades de la despensa.*) Voy, muger, voy.

LA SEÑORITA. ¡Yo con diez y seis años, y él casi de treinta! Calabazas mas solemnes que las que va á llevar el señor don Crispin, ni tampoco. ¡Mamá, mamá, mamá! (*Acercándose á una puerta.*) Pero, mamá, ¿tiene V. la bondad de venir?

LA MAMÁ, *saliendo.* (*Nota bene.* En lenguaje de teatro, *salir* significa siempre *salir á*, no *salir de*: por consiguiente decir que la mamá *sale* es lo mismo que decir que *entra* en la sala donde está su hija. Y dice la consabida mamá, saliendo á la susodicha sala, ó sea entrando en ella.) Pero, Pepita, ¿á que vienen esos alaridos que aturden la casa? Mas bulla metes que el loro.

PEPITA. No es el caso para menos.

LA MAMÁ. ¿Y cuál es el caso?

PEPITA. Que he recibido una carta.

LA MAMÁ. Por supuesto, de amores.

PEPITA. Por supuesto; ¿pero á que no adivina V. de quién?

LA MAMÁ. ¿A que es de don Crispin?

PEPITA. ¿Cómo lo ha acertado V. al golpe?

LA MAMÁ. Porque ayer me envió una esquela á mi previniéndomelo. Mirala.

PEPITA. (*Leyendo el sobre.*) «Señora doña Paz Valvidares.» (*Desdobla y repasa el papel.*) En efecto, le pide á V. mi mano, y á mi la mano y el corazon. Pues ni uno ni otro.

D.ª PAZ. ¿Con que no te gusta?

PEPITA. ¿Cómo me ha de gustar un hombre tan sério, tan adusto?

D.ª PAZ. Contigo bien jovial anda.

PEPITA. Es feo.

D.ª PAZ. Pero buen mozo.

PEPITA. Alto y recio sí; pero desgarbado, estrafalario.

D.ª PAZ. Es rico.

PEPITA. Sin elegancia ni gusto.

D.ª PAZ. ¿Sin gusto? Para escoger novia no le ha tenido malo.

PEPITA. (*Dando una mirada al espejo y sonriéndose.*) Lo que es eso, vamos, puede perdonársele; pero, ¿y el haber querido ya nada menos que á tres antes de conocerme? ¿Estoy yo para suplefaltas de nadie?

D.ª PAZ. Es que tú por mi cuenta ya has querido á cuatro.

PEPITA. A mí se me figura que no quise á ninguno.

D.ª PAZ. ¿Por dónde has sabido los galanteos de don Crispin?

PEPITA. Por él mismo: yo le estrechè y él confesó.

D.ª PAZ. Sinceridad que le honra.

PEPITA. Si tiene unas estravagancias el santo varon.... Oiga V. las necedades que ensarta aquí. (*Lee.*) «Sí, Pepita hermosa, V. es el único bien de mi vida.»

D.ª PAZ. ¿Es necedad eso?

PEPITA. ¡Válgame Dios! no lo digo por estas espresiones sino por lo que sigue. (*Continúa leyendo.*) «Yo no me atrevo á presentarme á V. para saber mi sentencia de palabra ó por escrito; y sin embargo desearia salir al momento de tan penosa incertidumbre. V. á eso de las doce acostumbra poner en el balcon á su favorito el loro, y siempre le hace repetir unas mismas palabras entonces; yo estaré en la calle á esa hora; y si veo y oigo al ave que ha de anunciar mi destino, subo á postrarme á los pies de V.: si el balcon está desierto, corro en derechura á la casa de postas á tomar un carruage que me aleje de Madrid para siempre.»—¡Ocurrencia mas ridícula!

D.ª PAZ. Las palabras á que alude creo que serán las de ese estribillo que no se le cae del pico al loro: «Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo.»

EL LORO. (*Repitiendo.*) Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo.

PEPITA *se abalanza á los postigos de los balcones y los cierra precipitadamente, dejando la sala á oscuras y gritándole al loro:* «calla maldito, calla.

EL LORO. Calla, calla: ¿quién te quiere? yo, yo, yoooooooo.

D.ª PAZ. No te asustes, muger, aun no son las once, y por consiguiente don Crispin no estará en la calle.

PEPITA. El reloj de los amantes siempre adelanta. Me desesperaria si hubiese acudido al reclamo.

D.ª PAZ. ¿Con que definitivamente, no quieres casarte con él?

PEPITA. Definitivamente, mamá. Don Crispin es un buen sugeto, pero no es lo que yo apetezco para marido. La que se case con él, tal vez será dichosa; pero me temo que yo tal vez no lo seria, porque eso de amor y matrimonio, segun he visto en todas las novelas de folletin, cae bajo el dominio tiránico y esclusivo de la fatalidad. Ya ve V. lo que sucede con Marianita, la que está depositada en casa de órden superior. Era la muchacha mas obediente á sus padres; y de pronto se ha enamorado de su don Tomasito, y ni consejos, ni lágrimas, ni amenazas, han podido quitarle el capricho de la cabeza, ¿Qué es lo que ha trocado á Marianita de dócil en terca? La fatalidad. Yo no soy capaz de hacer daño á nadie; yo sé que voy á dar á don Crispin una pesadumbre, que le puede costar la vida, sino saco al balcon el loro: y ¿en qué consiste que me siento con ánimo para ello, sin sentir el menor escrúpulo de conciencia? En la fatalidad; en que yo no he de ser de ese hombre. Crea V., mamá, que ni la pólvora, ni la imprenta, ni el dinero, ni aun la moda misma tienen la fuerza irresistible que el reciente invento de la fatalidad.

D.ª PAZ. Basta, hija, basta, porque entre el número de las fatalidades debe contarse la de que no me hagan mella tus argumentos; pero yo me he propuesto casarte á tu gusto, y así tu voto es inviolable. Abre esos balcones: yo llevo el loro al retrete.

(Doña Paz coje y se lleva la jaula; doña Pepita hace un mimo á su madre con la amabilidad propia de una niña que se sale con su gusto, abre los balcones, y luego se llega á la puerta del gabinete y dice en voz baja): «Marianita, ¿puedes oirme!»

MARIANA. (*Que sale enjugándose los ojos.*) Aquí estoy, Pepita; ¿que ocurre?

PEPITA. Parece que has llorado.

MARIANA. ¡Soy tan desgraciada!

PEPITA. ¿No vas á casarte con el hombre á quien amas? ¿con el hombre que adora en tí?

MARIANA. ¿Adorar? Catorce quimeras hemos tenido ya en quince dias. Te aseguro que el tal don Tomás va sacando un geniecito.... Y luego, cuando una reflexiona sobre el porvenir...Enemistada con mis padres, amenazada de la miseria....

PEPITA. ¡Ay Mariana! ¡y te casas!

MARIANA. ¿Y que he de hacer? mi reputacion lo exige. Ademas que todo lo que sufra me lo tengo bien merecido. Si yo no hubiese desechado un partido escelente...Di para que me llamas.

PEPITA. Era para decirte que tengo un novio.

MARIANA. Para bien sea.

PEPITA. No hay motivo de parabienes, que aunque le tengo, no le quiero tener.

MARIANA. ¿Vas á darle calabazas?

PEPITA. Hoy mismo.

MARIANA. ¿Tiene mala conducta?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es viejo? ¿es achacoso?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es pobre?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es feo? ¿Es tonto?

PEPITA. Eh, puede pasar. Tal vez tú le conozcas: don Crispin Cabrejas.

MARIANA. ¿Don Crispin? ¿Y desprecias á ese hombre?

PEPITA. ¿Te casarias tú con él?

MARIANA. ¡Ojalá me hubiera casado!

PEPITA. ¿Te ha pretendido?

MARIANA. Me pretendió; le desdeñé, pensé, que no me acordaria de él en mi vida, y desde que miro cercano mi enlace, no se me aparta el tal don Crispin de la memoria. Yo no se en que estaba pensando cuando le dí su pasaporte. ¡Fatalidad que la persigue á una!

PEPITA. ¡Fatalidad!

UNA CRIADA. (*Anunciando.*) Doña Dolorcitas Raspon.

(Pepita y Mariana corren á recibir á la ciudadana Dolores que viene de luto, y mas flaca y ojerosa que el espíritu de la golosina. Se besan se abrazan, hablan las tres á un tiempo cinco minutos antes de sentarse y otros cinco despues de sentadas, y se pasan otros cinco primero que se entiendan; en limpio, un cuarto de hora de guirigay.)

PEPITA. ¿Y cómo te va, Dolorcitas? ¿Cómo te sientes de tus achaques? Mas aliviada, ¿eh? se te conoce. (*Aparte*) Debe ya estar ética en tercer grado.

DOLORES. ¿Qué se yo como estoy? Dos años de matrimonio he pasado, que han sido dos años de infierno: ya se llevó Dios por fin á aquel maldito carcamal que me arruinó mis bienes y mi salud: pensaba respirar en mi nuevo estado; pero, amigas con achaques y acreedores, de nada sirve la satisfaccion de ser viuda.

MARIANA. ¡Oh! tu te pondrás buena.

PEPITA. Podrás casarte.

DOLORES. ¡Casarme! Eso se queda para vosotras; lo que es yo viuda moriré.

PEPITA. ¿Siendo tan jóven?

DOLORES. Veinte y cuatro años tengo; pero ¿y si no cumplo los veinte y cinco?

MARIANA. No seas aprensiva.

PEPITA. Debes procurar distraerte. No te faltan amigas ni amigos,

DOLORES. ¿Amigos? Si, buenos desengaños va una recibiendo. Conocí yo á un sujeto á quien tenia por la misma bondad, y acaba de darme un chasco, ¡de mi flor!

PEP. Y MAR. ¿Cuál? ¿Qué? Esplicate.

DOLORES. ¿Es un jóven que trataba mucho á mi tutor, que se me mostraba muy fino, y... vamos, parecia que...

MARIANA. ¿Fué amante tuyo?

DOLORES: Lo fué: hice el disparate de despedirle, y ¡bien me he arrepentido! Alguna maldicion me debió echar, porque desde entonces han llovido calamidades sobre mi. No olvidaré las palabras que me dijo, no. «V. no me quiere por esposo; pero se halla en poder de un tutor astuto que tiene puesta la mira en V. y lo que va á hacer es ir espantando á esos mocitos elegantes que rodean á V. y en cuya comparacion pierdo yo; aprovechará alguna circunstancia favorable, y V. será de ese hombre libertino, malgastador y viejo.»

Palabras de profeta: punto por punto lo que despues aconteció.

PEPITA. ¿Y cual ha sido el chasco?

DOLORES. Luego que enviudé, le fuí á ver casualmente á una casa donde concurria: nos hablamos, le indiqué mi situacion apurada, me ofreció verse con mis acreedores y conmigo; y desde entonces... échale un galgo.

PEPITA. ¿No cumplió su palabra?

DOLORES. Las palabras fueron dos: ha hablado á mis acreedores, ha obtenido de ellos una espera de dos años, y aun creo que les haya dado maravedises...

MARIANA Hasta ahora el petardo no es muy de sentir...

DOLORES. Si lo es, vaya; vosotros no quereis entenderme. Ha visto á esas gentes; pero no me ha visto á mí.

PEPITA. ¡Ah! ya.

MARIANA. Dolorcitas, ya sabes el refran: «cuando quise no quisiste, y ahora que quieres, no quiero.»

PEPITA. Una cosa parecida he oido contar hace poco.

DOLORES. Con todo, yo tengo sospechas de que eso ha de ser un puro artificio para ver si doy mi brazo á torcer. A la casa en que le ví ya no va, he sabido que concurre á esta, y quisiera que le echáseis alguna indirectilla sobre el particular.

PEPITA. Todavía no nos has dicho su nombre.

DOLORES ¿No lo he dicho? Estaba en que sí; es don Crispin Cabrejas.

MARIANA. ¡Don Crispin!

PEPITA. ¡Don Crispin!

MARIANA. Ese condenado de hombre tiene la fatalidad de hacer infelices á todas las que no le quieren.

PEPITA. ¡Fatalidad diabólica! (*á Dolores.*) Aquí viene mi madre, que podrá encargarse de tu comision.

(Sale doña Paz con una carta en la mano: se repiten los cumplidos y los besos de la escena precedente.)

D.ª PAZ. (*A su hija.*) Toma esta carta de tu prima que ha venido inclusa en otra que acabo de recibir.

PEPITA. ¡Carta de Pilar! ¡Cuanto me alegro!

DOLORES. Mientras la lees, voy á decir á tu mamá dos palabras.

D.ª PAZ. Tenga V. la bondad de pasar á mi cuarto, y de camino verá los vestidos de Marianita: la modista acaba de traerlos.

MARIANA. ¿Ha venido la modista? Vamos allá.

(Y se van en efecto la mamá, la viuda ética y la novia, con la celeridad y ansia que es de suponer entre mugeres cuando se trata de registrar sus trapitos. Pepita no las sigue, porque ha desdoblado la carta, y su contenido le ha llamado fuertemente la atencion. La primita Pilar, despues de pedirle cuentas acerca de los perifollos que se usan en la córte, se espresa en los términos siguientes. «Aquí en Fraga tenemos un puente de madera que á pesar de que lo construyen haciendo uso de la célebre maza, cada año se lo lleva el rio. Días pasados se ha hundido, al tiempo de pasar un carruage procedente de Madrid: el carruage ha caido, las personas que iban dentro han recibido fuertes porrazos y una de ellas ha muerto, que era una amiga mia. Admírate de la desgracia de esta criatura. Jamás habia querido salir de Madrid; tuvo un novio establecido en la córte, y este no le gustó; los que la obsequiaron despues fueron todos de las provincias; casó al fin con un catalan, y al venir á esta tierra ha encontrado en ella su sepultura. Si se hubiera casado con el de Madrid, quizá no hubiera tenido necesidad de pasar el puente de Fraga. Yo conocia al tal novio: era un don Crispin Cabrejas, de quien no sé si tendrás noticias.»)

PEPITA. (*Suspirando.*) Ay! demasiadas tengo.

EL RELOJ DE LA SALA, que es de los que anuncian la hora unos minutos antes, interrumpe el soliloquio de Pepita, diciendo en su lengua: «tiriuli-ruli—tin, tin, ton, ton.»

PEPITA. ¡Dios mio! las doce menos cinco, y ese hombre ya estará acechando: hay que decidirse. ¿Se dará apuro mayor? A tres mugeres ha querido; las tres le han dado calabazas, y las tres *han sido ó son infelices*: si *yo se las doy* tambien, voy á correr igual suerte. Marianita, mal casada (porque ya como si lo estuviera); Dolorcitas, mal casada tambien, y amenazada de muerte próxima; si sus acreedores han consentido en *no molestarla por dos años*, es *porque saben que* antes de uno la heredarán; á la otra que no conozco, le ha caido encima la maza de Fraga. Pues, señor, ¡estamos bien! Qué maldita fatalidad! O ser mal casada, ética, ó difunta, que no sé que es *peor: ó casarse con él ó renunciar á la felicidad* ó á la vida. No, ¡caramba! yo quiero vivir y vivir feliz; para eso soy jóven y bonita y amable y honrada y que sé yo cuantas cosas mas: así lo dicen todos principiando por el espejo.—¡Eso es y *un pimpollito como yo se ha de casar por* fuerza con aquel zanquilargo, con aquel...! Pues bien está: ya que la fatalidad lo ordena, me casaré con él por no morirme; pero prometo aborrecerle con mis cinco sentidos.—El caso es que si le aborrezco, vivo infeliz tambien; y de todos modos él es quien triunfa, y yo la que peno. Está visto: no hay mas remedio que casarse con él y quererle; es preciso quererle.... de miedo.

EL RELOJ. «Tin, tin, tin, etc.» Una docena de campanadas.

PEPITA ¡Las doce! ¡La hora fatal, la hora que fija mi suerte! Ea valor. La Virgen Santísima me favorezca. ¡Ay, que no está aquí el loro!

(Parte como una exhalacion á buscar el animalito quedando la sala vacía contra todas las reglas de la comedia clásica. Mientras viene, invitamos al lector á que se asome á uno de los balcones de Pepita, y verá en la calle á un caballero de buena estatura, que inmóvil y fijos los ojos en la repisa donde se coloca la jaula del loro, no repara en que los transeuntes, de cada encontron que le pegan, le hacen bailar como una peonza. Pepita llena de azoramiento y vergüenza vuelve con la jaula, alarga el brazo y retira el cuerpo para que no se la vea al poner al loro en su sitio; agáchase luego y le dice bajito al que ha de ser su intérprete; «dueño mio, ¿quién te quiere? yo.)

EL LORO se rasca haciéndose el sueco.

PEPITA. (*Mas recio y con ansia.*) Dueño mio, ¿quién te quiere?

EL LORO calla y alarga la patita á la apuntadora.

PEPITA (*Dando un pellizco al loro.*) ¿Quién te quiere? yo.

EL LORO. (*Sacudiendo un picotazo á Pepa*) Que no, que no.

PEPITA. ¡Maldito animal! ¿Será seña bastante el que vea al loro? Acaso no, porque el pobre don Crispin es tan suspicaz y modesto..... Ten-

dré que asomarme al balcon y hacerle otra seña que no deje duda.

(Pepita con la cara echa un fuego se coloca en el balcon, y su bochorno y aturdimiento han llegado á tal punto que al dirijir la vista ácia abajo, no distingue ningun objeto. Resuélvese á mover la mano á bulto, en ademan de quien llama, y se entra en seguida tapándose el rostro con ambas manos.)

PEPITA. La cabeza le he de escaldar á ese pícaro vicho que me ha chasqueado á la mejor ocasion. ¡Y qué daño me ha hecho del picotazo! Siento pisadas en la escalera: suena la campanilla: él es. Tratemos de aparentar serenidad y alegria, de hacer por quererle. *(Ensayando una sonrisa al espejo.)* ¡Huy! si se me estan saltando las lágrimas.

D. CRISPIN. *(Saliendo con el encogimiento propio de un amante calabaceado por tres veces, por cuya razon á la cuarta no las tiene todas consigo.)* Amable Pepita ¿puedo fiar en la bondad de usted...?

PEPITA. *(Sin mirarle ni saber lo que se pesca.)* Si señor, fiese usted. Siéntese usted. ¿Cómo está V.?

CRISPIN. En el cielo viendo esos ojos. Pero la turbacion que observo en usted, aun (si cabe) mayor que la mia, me llena de sospechas, de miedo.

PEPITA. *(Entre dientes)* ¡Si miedo! ¿quién tendrá mas?

CRISPIN. Le tiembla á usted la mano, Pepita. *(Esto equivale á decir que la ha cojido sin oposicion.)* Está usted toda trémula, ¡Ah! no se anuncia así el cariño, no. Lo veo, es preciso separarnos.

PEPITA. *(Aterrada.)* Ay! ¡Por Dios! No se separe V. de mí.

(Maquinalmente ha abierto los brazos para detener á su amante, que agenó ya de dudas la estrecha en los suyos; mientras la pobre chica llora como una Magdalena, y recibe en su frente unos cuantos pares de besos con la resignacion de una mártir, en cuya patética situacion sorprenden al interesante grupo la mamá, la novia y la viuda.

D.ª PAZ. *(Como quien ríñe de chanza.)* ¡Eh!

DOLORES. *(Como quien se sorprende de veras.)* ¡Ah!

MARIANA. *(Como quien se escandaliza de envidia..)* ¡Ah!

CRISPIN. Soy feliz, doña Paz.

LAS TRES RECIENVENIDAS. Ya, ya lo vemos.

CRISPIN. Pepita me quiere ¿no es verdad?

PEPITA. Si señor.

CRISPIN. Pepita va á casarse al punto conmigo: ¿no es verdad?

PEPITA. Si señor, si señor.

CRISPIN. Pepita hará feliz á su esposo: ¿no es verdad?

PEPITA. Si señor, si señor, si señor.

DOLORES. Pero observo que Pepita llora y que tiembla como una azogada, cual si cediese á la violencia, cual si no le quisiera á V.

PEPITA. *(Vivamente.)* ¿No querer yo al señor? Le quiero como á mi felicidad, como á mi salud, como á mi propia existencia. Si lloro, es que me ha picado el loro. Vean ustedes como me ha puesto la mano. *(Por supuesto que don Crispin estampa un beso en ella para que se pase el dolor.)*

D.ª PAZ. Pues, hija, no podias elejir marido mas á mi gusto. Sé feliz con él y con mi bendicion.

MARIANA. *(Reconcomiéndose como si le hubiese picado el loro á ella.)* Amen.

DOLORES *(Con gesto de catar vinagre.)* El señor don Crispin hará un escelente casado.

EL LORO *(Con tono profético.)* ¡Ajajay qué regalo!

CRISPIN. Si Marianita ó Dolorcitas quisieran servirnos de madrina...

DOLORES: Tengo que salir á tomar aires á Málaga.

EL LORO. Buen viaje.

MARIANA. Yo tengo tambien que pasar á Malagon.

EL LORO. Buen pasaje.

D.ª PAZ. Pero siempre quedaremos tan amigos todos.

DOLORES Y MARIANA. Si, si.

CRISPIN Y PEPA. Ya, ya.

EL LORO. *(desgañitándose.)* ¡Ay qué risa, qué risa me dá!

Y sin mas pormenores
del casamiento,
aquí acaba, lectores,
el drami-cuento.

J. E. HARTZENBUSCH.

EL VESTIR CONTRA EL COMER.

Romance.

Cante Villergas si quiere
de las patatas la prez,
y elogie Ayguals las judías
si le parece tambien.
Yo por mi parte no tengo
pizca ni media que ver
con cuestiones de esa especie
que me atarugan la nuez.
Aficionado á vestir,
si puedo como un marqués,
maldito lo que me importa
comer mal ó comer bien.
Gentes hay en esta córte
con mas boato que un rey,
y no tienen en su casa
ni aun patatas que comer.
Alguno conozco yo
que lleva coche y bombé,
y si come sus judías
las debe en el almacen.
¿A qué, pues, esos elogios
á las hijas de Israel,
ó al celebrado tubérculo
de Robinson Crusoé?
Lo primero es ataviar
esteriormente la piel,
que hacerlo por dentro es cosa
que ni luce, ni se ve.
Vaya usted con frac raido,
y verá usted el papel
que representa en el mundo,
aunque engulla como diez.
Vaya usted, si dió en ser calvo,
sin peluca ó bisoñé,
y veremos, aunque coma,
el pelo que luce usted.
Vaya usted al Prado, en fin,
como Adan en el Edeu,
y allá veremos ó no
si le echan á puntapiés.
Por todas estas razones,
y otras que despues diré,
estraño que dé la RISA
tanta importancia al comer.
¡La comida! Linda gracia
que la sarna sabe hacer
tanto ó mejor que nosotros,
y no se envanece á fé.
Estoy, pues, por el vestir,
por ser lo solo á mi ver
que dá importancia á los hombres,
coman carne ó coman pez.
Cuando nuestro padre Adan
del jardin echado fué,
(desgracia que, entre paréntesis,
por gloton le estuvo bien),
Lo primerito que hizo
fue tapar su desnudez,
arreglándose un mandil,
que no habia mas que ver.
Tan antiguo es el deseo
de la decencia, pardiez!
y eso que hablaba al que todo
por dentro y fuera lo vé.
¿Qué no hubiera dado el padre
que hoy me obliga á componer,
por tener un frac entonces
para hacer pantalla de él?
¿Y qué no diera la madre
que el fruto le hizo morder
por ver colgar de la higuera
una saya y un corsé?
Decida pues, el lector
si entre engullirse un pastel
ó ir con las nalgas al aire,
dudoso el partido es.
La vestimenta dá al hombre
lo que no le dá el bistek,
que es talento ó necedad,
y vicio ó virtud tambien.
Doctores conozco yo
que á no verlos en dos pies
con capirote y con borla,
les diera cuatro, y aun seis.
A andar en cueros la gente,
quien distinguiria á quien
en materia de mandar
ó en hecho de obedecer?
Pero llamemos un sastre
y vereis, gracias á él,
la diferencia que media
del ranchero al brigadier.
¡Cuántos generales hay
sin mas credencial de ley
que aquella faja que dice:
soy general: ya lo veis!
Por el vestido parece
santa de cabeza á pies
lo que de tocas adentro
es el mismo Lucifer.
Por el vestido es ministro
algun abedul tal vez,
haciendo de él la tijera
lo que el rey no supo hacer.
¿Pues que diré á mis lectores
de la licencia cruel
que hasta para hacer el mal
dá á la gente el vestir bien?
Pisen ustedes á alguno
con zapato de rusel,
y al decirle *usted perdone*,
responderá: *no hay de que.*
¡Mas ay si sienta la pata
pastor con abarca al pié!
¿Habrá animal? dirán todos:
¿habrá pezuñas de buey?
Si Juanillo está en Oran

y no le acompaña Andres,
todo el quid consiste en que este
robó con frac, y no aquel.
¿Y porqué razon, sino,
al interrogarle el juez
hablaba al uno de *tu*,
mientras al otro de *usted*?
Tanto puede ya en su mente
del vestido el oropel,
que solo al mirar chaqueta
dice entre sí: *bribon es.*
¿Y con esa prevencion
qué habia de suceder?
ir Andresillo á pasear
y Juan á Ceuta ó á Fez.
Por eso encargo al lector,
cuando en largo dé uñas dé,
que si pueden ser de seda,
no lleve guantes de piel.
Mas no tan solo es mi flaco
pensar así, sino que
aun los animales son
de idéntico parecer.
Y sino ¿porqué los perros
callan al que lindo ven,
y al mirar un andrajoso
gruñen á mas no poder?
¿Por qué razon el caballo
está lleno de altivez
con su gallardo atavío,
y mustio y triste sin él?
Vean ustedes ahora
si el vestir merece prez,
cuando así le rinde parias
aun la cuadrúpeda grey.
Pero el romance va largo
y es hora ya de comer,
y ustedes que son tragones
estarán de *comité*.
Coman, pues, enhorabuena
hasta que se acabe el mes,
que yo me voy á vestir
para marchar al *suaré*.
Y mientras ustedes hacen
obsequios al almirez,
sin saber si el cocinero
fué en la salsa hombre de bien;
Yo me pondré la camisa,
encajándome despues
un camisolin encima
por razones que yo sé.
La corbata, que en verdad
aun la debo al mercader,
lucirá con el chaleco,
aunque lo debo tambien.
Luego vendrá el pantalon
con su botin y su *aquel*,
y ese *aquel* quiere decir
que se comienza á romper.
El levita, obra de Utrilla,
es patrimonio de tres,
y como tal, esta noche
me toca lucir con él.
El sombrero y el baston,
botas, reloj y alfiler,
ya no me acuerdo en verdad
si son de Juan ó de quien.
Mas lo que no tiene duda
es que, muerto mi corcel,
aunque no tenga caballo
espuelas me he de poner.
Nada diré de mi pelo,
invencion mia tambien,
y que deja atrás á *Pitt*
y al mismo Roberto *Peel*.
¿Pero á qué cansar á ustedes
con tan larga pesadez?
si quieren verme, ahí me tienen:

con que abur, y hasta mas ver.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

DISPARATES.

¡Gran novedad! ¿qué otra cosa que disparates podiamos esperar de tí? dirán los que tengan la costumbre de mirar como yo la firma antes que el epígrafe. ¡Alto aquí! Hoy voy á plagar mi artículo de disparates, y de disparates garrafales; pero entiéndase que no soy yo quien disparata; otros son los que disparataron, y tal vez llegue á manos de alguno de los que tienen la culpa de que disparate yo este escrito disparatadamente disparatado. Bastante disparaté hasta el dia: tiempo es ya de consolarme y divertirme con los disparatones agenos; porque está visto que todo vicho viviente está comprendido en las conjugaciones del verbo *disparatar*.

Yo disparato
tu disparatas etc.

No prosigo conjugando porque todo puede comprenderse en este resúmen: todos *disparatamos*. Pero en esto de los disparates hay sus distinciones. Unos disparatamos sin querer y otros queriendo; haremos esta separacion de materias.

DISPARATES SIN QUERER.

No hay cosa mas fatal que la distraccion en las imperfecciones morales del hombre. Ella es causa del papel ridículo que por lo regular hace en las calles como en las tertulias; el que por otra parte causa la admiracion de los que lo conocen. Un hombre sábio es siempre meditabundo, sinónimo de distraido, y un hombre distraido, así como tiene todá la frialdad hija de su enajenamiento para echar andar por la calle con botas de montar y en mangas de camisa y saludar á los que no conoce y no saludar á los conocidos, así cuando habla saltan de su boca palabras estravagantes incoherentes, aparecidas al acaso. Esta misma distraccion le hace parecer rústico como un foncar-

ralero diciendo tal vez «beso á V. la mano» á las señoras, y «á los pies de V.» á los caballeros ó equivocando las palabras sin sentir como alguno que yo conozco que dice *ojepto* cuando habla, y *objeto* cuando escribe; bien que esto que pertenece al número de los disparates *sin querer*, sucede muchas veces cuando el que habla fija todos sus sentidos en la pronunciacion. Palabra hay que se masca cinco minutos y aun se queda alguna letra entre los dientes.

Pero estos disparates chocan solo cuando se oyen y pare V. de contar. Los disparates *sin querer* que no pierden nunca, son los del cajista; estos son los disparates generalmente conocidos con el nombre de *erratas*. Pocos ejemplos citaremos para dar á conocer la índole y la trascendencia algunas veces de estos disparates que con razon colocamos entre los inevitables.

Hablando un periódico dias pasados de las fracciones en que se divide el partido progresista por decir la fraccion Olózaga, ponia la *faccion* Olózaga lo cual era un disparate maliciosamente significativo. Otro periódico refiriendo una reunion de contratistas en el ministerio de hacienda, dijo: «Serian las dos de la mañana cuando los *contrabandistas* desalojaron el ministerio»; y esto de contrabandistas tiene una interpretacion de todos los demonios. En una novela que yo leí, decia: «el niño era el *embeleco* de su padre, por decir el embeleso. Y en un diario de la oposicion rerefiriendo como un empleado subalterno habia contestado con insultos al ministro, en vez de decir: «gran bofeton al oficio de S. E., decia, gran bofeton al *orificio* de S. E.» (1)

DISPARATES QUERIENDO.

Los disparates suelen cometerse á sabiendas, y esto sucede mas fácilmente en la gente de talento que en los tontos. Creen algunos que el *genio* consiste en la travesura, y son traviesos ó quieren serlo, y casi siempre lo consiguen á fuerza de ensayos y de empeños. Pero las travesuras por imitacion son tan pálidas é insustanciales, que con dificultad llenan una vez su objeto que es la *celebridad*. Líbrese un hombre travieso de no atraerse las simpatías ó las maldiciones de muchos: porque sus disparates serán calificados por la sociedad inexorablemente diciendo que pertenecen al *género tonto*. Los traviesos por instinto son vichos de mala especie, perjudiciales á la sociedad; pero sus atrocidades llevan un sello de graciosa originalidad que seduce. Dejemos este punto que nada puede ofrecer despues de lo escrito sobre él por nuestro querido Larra en sus artículos titulados: *Los calaberas*. Vamos á los *disparates queriendo* de la gente no civilizada; de esos disparates que los que carecen de instruccion ensartan cuando escriben, que si bien pudieran pasar por *disparates sin querer* puesto que no tienen los que disparatan obligacion de saber mas, llámolos yo *disparates queriendo*, puesto que hacen únicamente su santa voluntad, en vez de consultar con los inteligentes como pudieran y debieran hacer en ciertos casos.

Dejo á un lado los epígrafes y anuncios de los *diarios* de avisos, porque cada número daria materia para un artículo lo menos: voy á dar cuenta de algunos disparates escritos en las puertas y esquinas de muchas calles de Madrid, y alguno que sepa de otra parte, porque no creo yo que en Madrid solamente se disparata.

Aquí se asan asados, dice un rótulo de la calle de Leganitos; es decir, que el que lleve un par de capones ó conejos crudos se fastidia, porque no se los *asan* mientras no los lleve *asados*.

Aquí se pintan salones, dice un pintor en su muestra, y á fé que ni de balde habrá quien le dé trabajo, siquiera por no tomarse el de llevar los salones á su casa por esas calles de Dios dando que murmurar al mundo.

Se alquilan camas para matrimonios de caoba, Chúpate esa. ¡Qué bueno estaria un matrimonio de caoba tendido á la bartola.!

Colejio de niños y niñas de ambos sexos. Ya sabiamos que habia niños de ambos sexos, porque niños es una voz como *personas* que se refiere á ambos géneros masculino y femenino: pero segun el autor de esta inscripcion, niños pertenece esclusivamente al masculino, y para hablar del femenino es preciso decir niñas; y en este caso el disparate es mas enorme porque quiere decir *niños de ambos sexos y niñas de ambos sexos*: es decir, *niños hermafroditas y niñas hermafroditas*.

Tahona de Jesus y *Tortas*. Ya saben Vds. adonde está la Tahona de Jesus y pueden ver por sus propios ojos este disparate original. Siempre he oido decir Jesus piadoso, Jesus Nazareno etc., pero Jesus y Tortas, nunca; porque es un apellido Tortas que solo cuadra á los tahoneros Zampa-Tortas.

En la calle del carbon dice un letrero: *Aceite, vinagre, jabon y velas y demas comestibles*. Buen provecho hagan el jabon y las velas al que tenga buenas tragaderas, que lo coma ni mas ni menos que si fuera pechuga de perdiz ó pata de pavo.

Subida al peluquero, dice la muestra de muchas peluquerías. Tal puede ser la estatura de los peluqueros que necesite uno armarse de escalera de mano para poderle decir al oido; quíteme V. estas greñas.

Se venden cajas para difuntos completos. Esto querrá decir, cajas de marca mayor que pasen de cinco pies, para hombres y no para niños; pero la inscripcion tiene su filosofía, porque quiere decir para difuntos enteramente difuntos, no difuntos á medias. Bien sabrá el que le puso que muchos vivos son condenados por los médicos á morir enterrados, y que si pudieran romper la caja y levantar la losa que les cubre, tardarian muchos años en visitar el otro mundo.

Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid. Zapatos para hombres rusos ya era disparate, porque la construccion física de los hombres rusos es idéntica, prescindiendo del tamaño, á la de cualquier otro hombre sea español, ejipcio ó americano; pero lo que merece la pena de examinarse es esto de *hombres rusos hechos en Madrid*. Aquí si que viene bien aquello de *á pares como los frailes*.

En la calle del Príncipe hay una muestra colocada en tan buen lugar que lo que aparece en conjunto es:

Educacion de Señoritas
ASEGURADA
DE
INCENDIOS.

¡Caramba con la tal educacion! No hay miedo que se queme, que la empresa de Seguros paga.

Aun me acuerdo de las últimas ferias de esta córte, donde entre otras cosas ví unas botas de montar de las cuales pendia un papel que decia, ni mas ni menos que si las botas hablaran.

Nos venden

Solo faltaba que hubieran añadido ¡traicion! ¡traicion!

Es muy natural esto de llamar á las calles y plazuelas que desembocan cerca de los Consejos ó de

(1) Citamos estos ejemplos á falta de otros. No se entienda que llevamos intencion en ellos, pues hemos dicho ya que la política no hace buenas migas con nuestra *risueña* publicacion.

las Córtes, calle de las Córtes, calles y plazuelas de los Consejos: pero es gracioso que estos respetables nombres desciendan á dar tambien su denominacion á tiendas y despachos de cualquier género. Yo he conocido un *Café de las Córtes*, y esto es algo verosímil porque pueden muy bien los representantes de la nacion tener un café inmediato que les mate la sed....pero y que diremos de la *Taberna de los Consejos*? Esto puede entenderse de dos modos ó taberna que surte de vino á los Consejos, ó taberna donde se dan consejos. En el primer caso, ¡lucidos estaban los consejeros! y en el segundo caso, ¡ medrados estarian los aconsejados! Este letrero ha desaparecido por fortuna.

En Salamanca el año 33 habia el siguiente: *Cirujano y comadron de los voluntarios realistas.* Se entiende que seria cirujano de los realistas y comadron para las mugeres; pero él no se anduvo en chiquitas, y por si acaso ocurria un lance milagroso quiso que los realistas de Salamanca tuvieran comadron á quien poder mandar.

En la calle de Atocha, frente al cuartel de la Milicia Nacional, hay un zapatero que tiene una muestra con varios zapatos pintados á cada lado de la puerta. La de la derecha saliendo de la casa tiene la cuarteta siguiente:

Si deseas equidad
la que los tiempos exigen
no dudes tomar la entrada
pues no hay duda que aquí sirven.

En la otra muestra hay una mano pintada apuntando á la primera que está, diciendo:

Lo que *aquel* dice es verdad;
y para hacerlo evidente
ninguno va descontento,
aunque suba mucha gente.

Cánsome de disparates y voy á concluir con una reflexion que tal vez será disparatada, pero que yo tengo la tontería de pensar que no lo es. Mas que tanto arbolado, por mucho que engalane la poblacion, y mas que tanto empedrado y mejora de lápidas y faroles, por mas que sirvan de adorno y comodidad, importa á la capital de la nacion el dar idea de civilizacion y cultura. ¿Porqué no remediar entonces estos disparates que tan mal concepto pueden hacer formar á los estrangeros de nuestros adelantos?—¿Y como evitarlos? dirá el ayuntamiento.—Muy sencillamente respondo yo. ¿ No tienen Vds. empleados que sepan ortografía y gramática? Pues establezcan una comision de censura y obligúese á todo el vecindario de Madrid á que no escriba una letra en la pared, sin el visto bueno de dicha comision. Se contestará que los empleados tienen ya su negociado que les ocupa mucho, y yo replicaré que en un cuarto de hora se pueden revisar todos los letreros que se hagan en medio año para Madrid. Digo esto para que no se entienda que trato de crear una oficina con el santo fin de que me den un empleo, porque á la hora esta ni le necesito *ni le quiero. Hasta otro rato.*

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

AMBIGÚ.

MANUAL DEL COCINERO Y COCINERA.

Sopa de carne.

Córtense en tiras menudas ó en pedacitos zanahorias, nabos, puerros, apio, patatas y cebollas, iguales partes de cada cosa: se picará una lechuga azedera y perifollo, echando todo en manteca, y humedeciéndolo con cantidad suficiente de caldo de carne. Póngase despues á una lumbre templada hasta que todo se cueza perfectamente, y se echará en una sopera, en la que haya de antemano cortezas de pan, fideos ú otra cualquiera pasta, y mucho mejor una corta cantidad de fécula de patatas. Se puede hermosear este guiso con las estremidades de espárragos ó guisantes tempranos, segun la estacion.

Otra de vigilia.

Se compone como la anterior, con la diferencia de servirse solamente de agua á la cual se añade la manteca de vacas necesaria, ó mucho mejor el caldo de vigilia. (*Vease cocido de vigilia.*)

Macarrones.

Cocidos los macarrones en caldo limpio con sal, pimienta y nuez moscada raspada, se sacan y ponen en una cazuela con manteca de vacas y queso de Parma ú otro de Holanda, cortado muy menudo con pimenton y un poco de crema; y cuando el queso empieza á hacer obras, se echan los macarrones en una fuente, y se les empana con miga de pan mezclado con pan rallado. Se les echa luego manteca caliente y se dá color á todo, ya por medio de horno ó con una paleta hecha áscua.

Cebada aljofarada.

Así se llama la cebaba mondada: despues de lavarla con agua tibia, se la deja remojar algunas horas para cocerla despues con leche ó caldo añadiendo la sal correspondiente. Aumentando el líquido en que se cuece, espachurrando la cebada y pasando todo por una servilleta ó tamiz, se obtiene lo que se llama vulgarmente crema de cebada ó puches, que en bebida no deja de ser nutritiva. Cocida la cebada solamente con agua, y pasada como va dicho, constituye á proporcion de la consistencia que se la dé, un alimento ó bebida sustanciosos; pero es necesario aromatizarla con agua de flor de naranja, y echarla azúcar ó sal, segun se quiera, para que no sea insípida.

NOTA. El próximo número contendrá una epístolo de D. José Zorrilla, y otra de D. Wenceslao Ayguals de Izco, el célebre jurado de las legumbres por D. Juan Martinez Villergas, y el *ambigú.*

IMPORTANTE.

Con este epígrafe anunciamos al público en nuestro número anterior la adquisicion de la bien cortada pluma del famoso *Abenamar.* Hoy nos cabe la satisfaccion de añadir que el señor D. Modesto Lafuente escribirá tambien *en esta enciclopedia,* y á buen seguro que *Fray Gerundio* y el zambrero *Tirabeque* van á publicar cosas que hagan desternillar de risa al mas tétrico y taciturno.

Madrid 1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.